

1921: AXDIR Y EL PROYECTO DE «GRAN RESCATE» ESPAÑOL

José Miguel QUESADA GONZÁLEZ
Instituto Universitario
General Gutiérrez Mellado-UNED
Recibido: 06/01/2024 Aceptado: 05/03/2024
Madrid, España

Resumen

A lo largo del año y medio que siguió al desastre de Annual, los prisioneros españoles en Axdir pusieron una nota dolorosa y vergonzosa en la vida social y política española que impedía olvidar la derrota militar. Se supo en 2020 que, a finales de 1921, se había planeado una incursión anfibia que pretendía rescatar a dichos cautivos, del mismo modo que, en 1945, los estadounidenses habían liberado a sus compatriotas presos en Cabanatuan (Filipinas). Con su esmerada redacción, el comandante de Infantería de Marina Cándido Díaz del Río Montero quería adquirir notoriedad y ser relevado en el aburrido destino donde se encontraba, albergando el probable deseo de ser enviado a zona de operaciones. Nada sucedió porque el proyecto no llegó a ninguna parte. Con bastante certeza, la operación habría tenido éxito y, con ella, el siglo XX español hubiera sido muy distinto.

Palabras clave: Alhucemas, guerra anfibia, guerra del Rif, prisioneros de guerra.

Abstract

During the year and a half that followed the Disaster of Annual, the Spanish prisoners at Axdir were a painful and shameful point in Spanish

social and political life that made it impossible to forget the military defeat. In 2020, it became known that, at the end of 1921, an amphibious raid had been planned to rescue these captives, as Americans did with their compatriots imprisoned in Cabanatuan (Philippines), in 1945. With his painstaking writing, major Cándido Díaz del Río Montero (Marines) wanted to make a name for himself and be relieved of his boring position, probably hoping to be sent to an area of operations. Nothing happened because the project went nowhere. With a fair degree of certainty, the operation would have succeeded and, with it, Spain's 20th century would have been very different.

Keywords: Alhucemas, Amphibious Warfare, Prisoners of War, Rif War.

Introducción

EL *gran rescate* –*The Great Raid* en inglés– es una película estadounidense basada en hechos reales y emitida por primera vez en 2005. Cuenta cómo el teniente coronel Henry Mucci recibe la orden de infiltrarse en la selva filipina al frente de una fuerza compuesta por *rangers* y milicias locales. Su objetivo era rescatar a medio millar de prisioneros aliados que habían sobrevivido a la «marcha de la muerte» de Batán y que se encontraban confinados cerca de Cabatanúan –provincia de Nueva Écija, en la isla de Luzón–. El éxito del episodio histórico fue tan rotundo que bien merecía ser glosado. Al final de la Segunda Guerra Mundial ya se había estrenado otro largometraje, mientras que luego vendrían varios documentales, un libro y numerosos artículos, empezando por el publicado en un número de la revista *Life* del mismo 1945 (MYDANS).

Lo curioso es que ni Mucci ni el estado mayor que planeó el rescate de Cabatanúan pudieron saber que, casi veinticinco años antes, el comandante de Infantería de Marina Cándido Díaz del Río Montero había concebido una incursión anfibia con un fin parecido, cambiando el verde y asiático paisaje en manos japonesas por el seco territorio rifeño bajo control de Abd-el-Krim (véase fig. 1). El proyecto español había pasado absolutamente desapercibido hasta que, en 2020, el blog de un veterano del cuerpo avisara de su existencia. Por eso no puede extrañar que ninguno de los estudiosos de las acciones militares en el Protectorado español recoja en sus publicaciones que alguien pensara arrebatar de manos indígenas a los apresados en la tremenda derrota de julio y agosto de 1921.

Como meros ejemplos, no lo hace el doctor Ramón Díez Rioja, a pesar de que, en su último y brillante libro, reserva cuatro capítulos a las operaciones anfibas proyectadas antes del desembarco de Alhucemas (DÍEZ RIOJA: 2023). El almirante Ricardo Álvarez-Maldonado Muela y el general Abel Gamundi Insúa, quienes a través de su obra *Las operaciones anfibas* dan una visión exhaustiva y táctica de esta forma de hacer la guerra, tampoco hacen mención alguna del proyecto de Díaz del Río (ÁLVAREZ-MALDONADO y GAMUNDI:

1994). Lo omite incluso el firmante de este artículo en la reciente publicación que ha visto la luz sobre la influencia del desembarco norteafricano en la doctrina anfibia estadounidense (QUESADA GLEZ.: 2023).

En esta altura, ya se habrán despertado en el lector las mismas inquietudes que han motivado la presente investigación. Primero, si España estaba sumida en un estado de ansiedad colectiva por tener los rehenes de Abd-el-Krim de vuelta en casa, y se había proyectado rescatarlos, ¿por qué no se llevó a cabo? En segundo lugar, conocido el generalizado poco peso de la Infantería de Marina –y, en consecuencia, de sus oficiales– en el primer tercio del siglo XX, ¿quién era su autor y por qué hizo una propuesta tan osada? ¿Tenía la solvencia técnica necesaria? Por último, de la correcta ejecución de la incursión, ¿se podía esperar un final victorioso como el de *El gran rescate* o, en su lugar, habría fracasado? Dar respuesta a estas preguntas es la intención de las páginas que siguen.

La cuestión de los prisioneros de Axdir y sus consecuencias sobre la sociedad española, en su momento y en años posteriores, ha sido tratada con amplitud y profundidad por un gran número de estudiosos. Entre todos ellos destacan las doctoras María Gajate Bajo (2013) y Rocío Velasco de Castro (2022) con sendos artículos. También resulta muy interesante obtener la visión del otro lado del Mediterráneo por medio de la tesis doctoral del doctor Faris El Messaoudi-Ahmed Messaud (2015). Por otra parte, entre los muchos textos que permiten conocer los hechos militares alrededor de la derrota militar de 1921 están las dos posturas, a veces antagónicas y, sin embargo, complementarias, de Jorge Martínez Reverte (2021) y del coronel Fernando Caballero Echevarría (2013).

Eso sí, se echa en falta un monográfico que revise y compile la dispersa historiografía, integrando los testimonios dejados por los propios prisioneros –el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, el capitán Sigifredo Sainz Gutiérrez y el sargento Francisco Basallo Becerra– y por los visitantes de la aldea –el periodista Luis de Oteiza–.

A partir de ahora, si es su deseo, el lector recorrerá un camino que comienza por describir brevemente por qué los cautivos eran tan importantes para el líder rifeño y cuál era el sentir del pueblo español cuando Cándido Díaz del Río tomó la pluma para plasmar el plan en unos folios. A continuación conocerá en qué consistía dicha operación militar y quién era el hombre que estaba detrás de ella, con sus motivaciones y anhelos. Más adelante se buscará el engarce de su trabajo con la doctrina anfibia contemporánea y de los años posteriores, es decir, ¿hasta qué punto la incursión proyectada pudo haber resultado innovadora para sus coetáneos? Finalmente, se comparará brevemente la operación española con el raid del teniente coronel Mucci de 1945, de modo que se pueda concluir el resultado más probable del asalto sobre la costa rifeña.

Como broche de esta introducción, se debe añadir que el presente trabajo no habría visto la luz sin la inspiración del coronel Fernando Puell de la Villa ni sin la valiosa ayuda del comandante Jesús Campelo Gaínza. Es de justicia enviar a ambos un emocionado agradecimiento.

Annual y los prisioneros

La clamorosa derrota española de 1921 reveló, de un único y doloroso golpe, la dilatada serie de errores políticos, estratégicos y tácticos cometidos hasta esa fecha, tanto en el protectorado marroquí en general como en la propia operación militar. El país quedó fuertemente conmocionado por tan cuantiosas bajas y sediento de una feroz revancha. Dejadas atrás las primeras semanas, tales sentimientos se convirtieron en vehemente demanda de procesamiento de los culpables de la debacle (GAJATE BAJO: 2013, p. 120). Como si de un efecto mariposa se tratara, la dinámica social y política creada en ese tiempo daría lugar en lo inmediato a caídas de gobiernos, pero en el largo plazo influiría de manera decisiva en los convulsos cambios de régimen habidos entre 1923 y 1939.

Aunque el dolor agudo por los muertos de Annual pasara pronto, quedó la secuela más triste y pertinaz del desastre: los prisioneros en Axdir, la población ubicada en el corazón de la bahía de Alhucemas, que reunía las particularidades de ser la residencia de Abd-el-Krim y la capital de la recién creada República del Rif. Para los militares, los cautivos constituyeron una prueba viviente y dolorosa de su reciente derrota, mientras que los sucesivos gabinetes, en palabras de la arabista Rocío Velasco de Castro, no hacían más que traspasarse «una vergonzosa herencia» (VELASCO DE CASTRO: 2022, p. 671). Para las cabilas, por su parte, los prisioneros representaban una valiosa moneda que intercambiar por personas o por dinero. Incluso, en el caso de los artilleros, podían ser las manos expertas con las que manejar los elementos de puntería y graduar las espoletas.

Inicialmente, los retenidos en la capital rifeña formaban un grupo de unas seiscientas personas de procedencia muy diversa. Había oficiales, soldados y paisanos, incluidas algunas mujeres y niños. Sus condiciones de vida fueron muy bien descritas por varios de los supervivientes, con un alto nivel de coincidencia en sus relatos (véase fig. 2). Aunque los captores presumían internacionalmente de pertenecer a un Estado moderno y de darles un trato comparable al de una potencia europea, los cautivos vivían en un entorno insalubre, estaban mal alimentados y no disponían de asistencia médica, más allá de la que pudieran prestarse entre ellos mismos. Sometidos a un duro régimen que incluía trabajos forzados, las faltas de disciplina o la ira por los avances españoles daban lugar, a menudo, a ejecuciones sumarias –sirvan de ejemplo las del capitán Luis Salto Rodríguez y el comandante Jesús Juan Villar Alvarado, ejecutados respectivamente por uno y otro motivo–. Eso no impidió algunas fugas. En definitiva, en año y medio de cautiverio, y por todas esas razones, el colectivo menguó en una proporción próxima al 50 por ciento (MTNEZ. REVERTE: 2021, p. 274). A pesar de que los privilegios les fueran arbitrariamente retirados de vez en cuando, en favor de los carceleros hay que decir que fluía la correspondencia y que se aceptaba el envío de paquetes de comida, lo que palió, en cierta medida, las penosas condiciones del cautiverio.

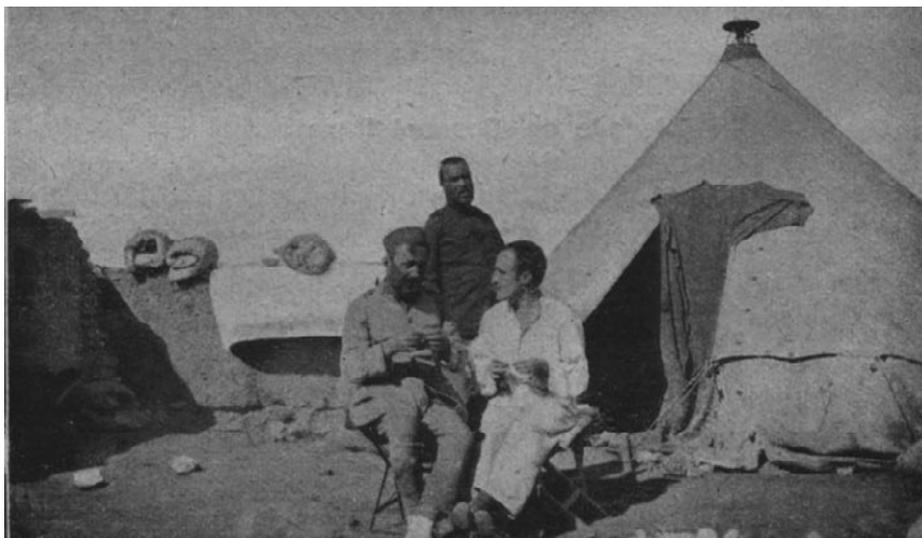


Fig. 1. Imagen de algunos prisioneros de Axdir. (FUENTE: SAINZ GUTIÉRREZ: 1924, p. 149)

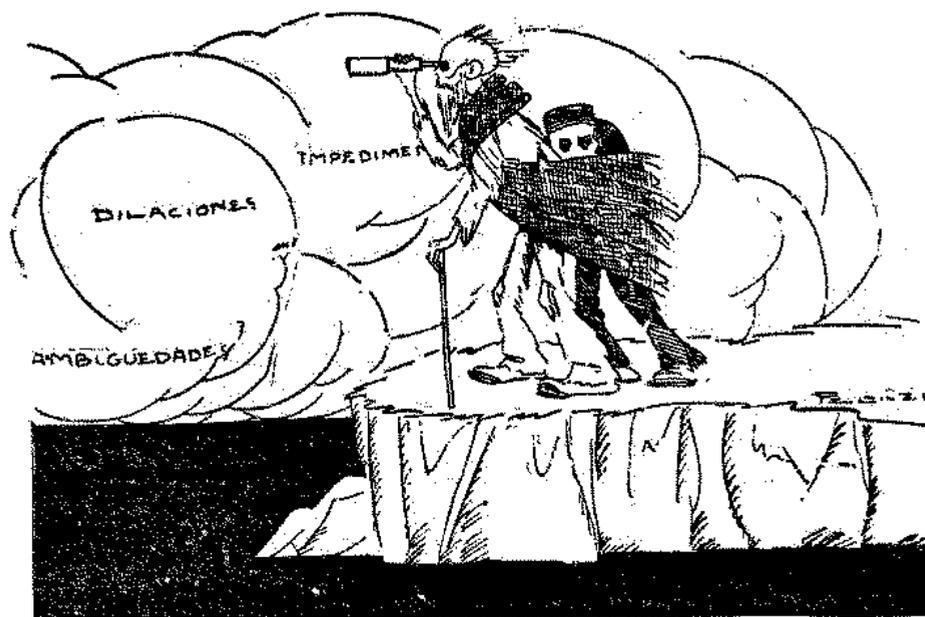
En un principio, los prisioneros no estaban en Axdir. Cada cabila o individuo retuvo a los militares capturados en sus aduares y buscó por su cuenta la manera de sacar provecho de ellos. En cambio, la mayoría de los paisanos – las mujeres particularmente– fueron rápidamente liberados por considerarse de poca utilidad. Llegado el mes de agosto, Abd-el-Krim ya había comprendido la ventaja de la concentración y comenzó a negociar con los jefes de las cabilas el traslado a su aldea, iniciando los movimientos a finales de ese mismo mes.

Había cuatro razones para reunirlos allí. La primera era de índole representativa: si quería ser el jefe de todas las tribus, tenía que controlar el factor de liderazgo y de poder en que se habían convertido los cautivos. Si algo había revelado la matanza de Monte Arruit, una traición en toda regla a la capitulación acordada con el general Felipe Navarro, era que las cabilas orientales no aceptaban, al menos en una primera instancia, un mando ajeno como el de Abd-el-Krim (MTNEZ. REVERTE: 2021, p. 241).

Importaba también la faceta económica, es decir, el valor monetario de los prisioneros. En previsión de que la guerra se alargase, había que hacer acopio de todo tipo de sistemas de armas y de municiones y, como es lógico, había que tener con qué pagarlos. Además, la ruptura de las hostilidades había provocado una tremenda crisis económica en la región, dando lugar a una vertiginosa subida de los alimentos de primera necesidad y el recíproco empobrecimiento de la población.

Otro motivo para la posesión de los prisioneros fue la búsqueda de la legitimidad exterior. Con la apertura a negociar la devolución del personal venci-

LOS CAUTIVOS



- ¿Ves algo? ¿Ves la patria?
— No, esas nubes no me la dejan ver.

Fig. 2. Viñeta en protesta por las dificultades para rescatar a los cautivos en Axdir. (FUENTE: *El Imparcial*, 3 de diciembre de 1921)

do, Abd-el-Krim se presentaba ante la comunidad internacional como un estadista a la altura de los jefes de las naciones que habían librado la reciente contienda mundial, humanitario y comprensivo. Esta era, sin duda, una imagen muy alejada del estereotipo salvaje que los europeos tenían de los indígenas africanos que se oponían al poder colonial (ib., p. 256).

Por último, había una motivación militar. Desde hacía años, se sabía que el entorno de la bahía de Alhucemas era la clave para la victoria sobre los rifeños, tanto que los proyectos para asaltarlo militarmente eran de dominio público. De esa manera, los prisioneros de Axdir eran los escudos humanos que protegían el cuartel general rifeño de un ataque, en unos momentos en que no resultaba descartable el empleo de granadas químicas lanzadas, ya fuera desde el aire, ya fuera con las piezas de artillería del peñón homónimo, que estaba en manos españolas (EL MESSAOUDI-AHMED MESSAUD: 2015, p. 176).

Abd-el-Krim no fue flexible en las negociaciones: fijó el precio de las vidas españolas en cuatro inamovibles millones de pesetas (unos 7,5 millones de euros, a día de hoy), a los que había que añadir la liberación de todos los combatientes rifeños en manos españolas, y solo admitió cambios en los

mediadores (ib., p. 256). Ante la posibilidad de pagar un rescate, la sociedad civil se encontraba dividida, pero los militares se oponían frontal y unánimemente. Consideraban que era su deber restituir el honor perdido y que la liberación llegaría cuando recuperaran el territorio, tarea que se vio algo más cerca a partir de los avances de agosto de 1921.

Las cartas intercambiadas mantenían a los familiares al corriente de los padecimientos de sus deudos, así que no pudieron permanecer impasibles. Antes al contrario, movieron frenéticamente todos los hilos a su alcance durante año y medio. El pago de un rescate individual, el tráfico de influencias para que el Consejo de Ministros claudicara ante los rifeños e, incluso, la interpelación al propio rey estuvieron entre la multitud de iniciativas desplegadas (RAMIRO DE LA MATA: 2002, pp. 344 y 345). Hasta seis negociadores diferentes se acercaron a Abd-el-Krim en nombre del Gobierno o de grupos de interés, desvelando así la profunda división interna de su enemigo. Además, tanto el padre Emiliano Revilla como el periodista Luis de Oteiza acudieron a entrevistarse con el cabecilla rifeño para, a la vuelta, difundir una «benévola» imagen del autotitulado presidente de la República del Rif, dispuesto siempre a alcanzar un acuerdo con una España encerrada en su intransigencia (VELASCO DE CASTRO: 2022, p. 670). Por si todo eso fuera poco, las madres y esposas de los prisioneros se organizaron alrededor de una comisión prorrescate, derrochando una intensa actividad mediática que, finalmente, ejerció una enorme presión sobre los presidentes del Consejo de Ministros.

Como se ha dicho, cada uno de los tres gobiernos formados en aquel bienio recibió la herencia envenenada de los cautivos. No sorprenderá que, en vez de adoptar una posición de Estado, la idea sobre cómo resolver el problema estuviese muy relacionada con la ideología política del ejecutivo de turno. El conservador Antonio Maura –presidente de agosto de 1921 a marzo de 1922– estuvo en franco desacuerdo con el pago, convencido de que eso significaba financiar a los rebeldes y, por lo tanto, cambiar las vidas de unos españoles por las de muchos más. Su sucesor, el también conservador José Sánchez Guerra –de marzo a diciembre de 1922–, mantuvo esa misma posición, sufriendo ambos enormes presiones sociales y mediáticas (véase fig. 3). Por último, el liberal Manuel García Prieto –de diciembre de 1922 a septiembre de 1923– se empeñó en que la negociación llegara a buen término. Previo pago de la suma exigida desde el principio, además de una indemnización por daños, y de la liberación de los rifeños encarcelados, 367 supervivientes fueron finalmente entregados a las autoridades españolas el 23 de enero de 1923. Para ellos acababa la pesadilla (ib., pp. 670-672).

Una incursión anfibia como alternativa

En octubre de 1921, la situación en Marruecos ofrecía alguna esperanza y muchas razones para la preocupación. La recuperación del macizo del Gurugú, el día 10, había alejado la amenaza del fuego artillero y llevado un aire de

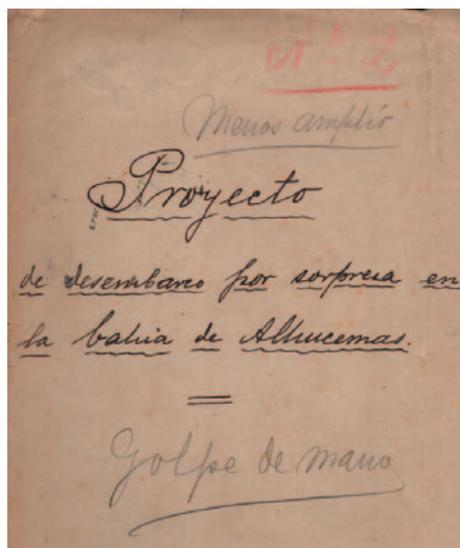


Fig. 3. Primera página del plan de incursión anfibia redactado por el comandante Cándido Díaz del Río Montero. (FUENTE: Archivo Histórico de la Comandancia General de la Infantería de Marina [AHIM])

seguridad a Melilla. El dulce punto de inflexión en la campaña se volvió amargo cuando, dos semanas después, las unidades españolas que entraron en Monte Arruit contemplaron horrorizadas los cadáveres mutilados y momificados por el sol. La reacción rifeña a las victorias españolas fue la ejecución del capitán Salto Rodríguez, ya mencionada, y el endurecimiento de la vida de los prisioneros. El excautivo Pérez Ortiz cree que dicha respuesta no fue visceral; muy al contrario, constituyó una estudiada medida de presión para acelerar el pago del rescate en un momento en que el resultado de la guerra se inclinaba del lado español (PÉREZ ORTIZ: 2015, p. 240).

Mientras tanto, en el Congreso de los Diputados se celebraba uno de tantos debates acalorados sobre la cuestión marroquí. En su intervención del día 27, el socialista Indalecio Prieto criticó vehementemente la pasividad

del ejecutivo de Maura en el asunto de los prisioneros y reprochó la doble vara de medir empleada con el rescate económico. Se había autorizado a la Oficina de Asuntos Indígenas y a empresas privadas a pagar por la devolución de algunos individuos, pero se había descartado esa misma salida para el conjunto del personal retenido. El tono y contenido de su discurso era compartido por todos los diputados republicanos de la Cámara:

«Pero, Sres. Diputados, si este es el criterio del Gobierno en cuanto a los prisioneros militares, ¿cómo se explica que el Gobierno, si no con fondos suyos, haya autorizado, haya dirigido y haya ejecutado por medio de sus agentes de la Policía indígena el rescate de paisanos dependientes de Compañías mineras y haya sido la propia oficialidad de la Policía indígena la que haya entregado el dinero? ¿Es que el dinero del rescate de los paisanos no puede servir también para la adquisición de elementos de guerra, que causen mayor daño a nuestros soldados? (...) De esta contradicción tan patente, tan odiosa, surge un rumor: el de que hay el propósito deliberado de sacrificar a esos seis centenares de españoles. Yo lo recojo, no para suscribirlo, sino para desvirtuarlo, pero en la desvirtuación hace falta que vosotros con vuestra actitud me secundéis; ese rumor dice que quizá en la liberación de los prisioneros está la clave de una gran parte de las causas de nuestro desastre. Esto no lo podéis arrancar de la conciencia de infinitos españoles, y muchísimo menos de la conciencia legítimamente apasionada de las madres, de los hijos, de los padres y de los hermanos de los cautivos».



Fig. 4. Aspecto del plan de incursión anfibia del comandante Díaz del Río tal como lo conservó su autor. (FUENTE: AHIM)

En efecto, ni Maura ni Juan de la Cierva, su ministro de la Guerra, estaban pensando en pagar los cuatro millones reclamados por Abd-el-Krim. Eran de la idea de una solución militar indeterminada, es decir, esperaban que las operaciones de reconquista del territorio llegaran pronto a Axdir y liberasen a los cautivos, aunque no sabían cuándo ni cómo sucedería eso. El ministro, que tomó la palabra inmediatamente para replicar a Prieto, empleó términos tan poco empáticos como imprecisos sobre qué alternativa ofrecía el Gobierno a la propuesta del socialista:

«Y en lo de los prisioneros, tengo que hablar con toda claridad. Es un tema sentimental, que comprendo ha de impresionar a la opinión pública y que ha permitido a su señoría lucir una vez más su elocuencia; pero yo digo que ese tema ha preocupado al Gobierno desde el primer día tanto como a quien más le haya preocupado. Habríamos querido nosotros hallar medio de rescatarlos inmediatamente».

Esos eran los sentimientos que agitaban el debate político y social sobre la cuestión de los cautivos, que no abandonaba las Cortes ni tampoco las páginas de los periódicos. Ni los republicanos soltaban su presa —unas semanas más tarde, un puñado de ellos presentaría en la Cámara una proposición no de ley para instar al Gobierno a la liberación de forma «activa, rápida y urgentemente»—, ni remitía en los familiares el anhelo por recuperar a sus seres queridos, ni el ministerio del ramo veía la manera de llevar su propio enfoque a la práctica en un plazo aceptable.

Curiosamente, ahora se sabe que sí había una alternativa militar, bien definida y, en principio, con algunas posibilidades de éxito. Fuertemente influido

tanto por las noticias que llegaban de Marruecos como por los ecos de debates estériles como el referido, el comandante Cándido Díaz del Río Montero trabajaba, en esos mismos días, en la redacción de un plan para rescatar a los españoles de manos rifeñas. Como se ha dicho en la introducción, esta operación ha pasado completamente desapercibida para los estudiosos hasta que, en abril de 2020 y agosto de 2021, sendas páginas de internet la sacaron del limbo de los legajos.

El fondo consiste en dos versiones de una misma incursión anfibia, planeada como una operación conjunta del Ejército y la Armada. Forma parte del legado dado en custodia por la familia del autor al Archivo Histórico de la Comandancia General de la Infantería de Marina, con sede en San Fernando (Cádiz). En realidad, se trata de unos cuantos folios manuscritos con gran modestia, que no pasan de ser un borrador –pobremente encarpetaado con el cartón procedente de un catálogo comercial de material naval de la época– con algunas enmiendas, aunque detrás de esta modesta apariencia se oculta una gran elaboración y un gran amor por el detalle (véanse figs. 3 y 4).

Cuadro 1. Personal necesario para la ejecución de la incursión anfibia sobre Alhucemas, en las dos versiones

	Cuerpo/ Especialidad	Versión reducida		Versión ampliada	
		Empleos	N.º	Empleos	N.º
Ejército	Tercio de voluntarios (Legión)	Capitán	2	Capitán	1
		Alférez / Teniente	8	Alférez / Teniente	6
		Clase de tropa	200	Clase tropa	300
	Regulares	Capitán	0	Capitán	1
		Alférez / Teniente	2	Alférez / Teniente	6
		Clase tropa	50	Clase tropa	300
Ametr. ^{as}	Clase tropa	20	Clase tropa	48	
Armada	Generales y subalternos	Teniente de navío	1	Teniente de navío	1
		Alférez de navío	1	Alférez de navío	6
		Contra maestre	2	Contra maestre	300
		Clases de marinería	32	Clases de marinería	84
		Maquinistas y fog. ^{ros}	6	Maquinistas y fog. ^{ros}	18
	Infantería de Marina	Capitán	0	Capitán	1
		Alférez / Teniente	2	Teniente	2
		Clase tropa	20	Clase tropa	60
	Total efectivos		346		839

FUENTE: elaboración propia a partir de DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921.

El objetivo principal y los objetivos secundarios de ambas versiones son los mismos. Lo más importante era rescatar al general Navarro y al resto del personal retenido en Axdir. Aclarado este extremo, también se valoraba que la operación llegara a bloquear, en la zona de Alhucemas, a gran parte de los harqueños que se estaban oponiendo a los avances españoles irradiados desde Melilla. El plan tampoco desdeñaba la idea de afectar a la moral del enemigo en la propia capital del movimiento rifeño, estado de ánimo que ya venía empeorando por las numerosas bajas acumuladas desde que la Comandancia General iniciara la reconquista del territorio perdido. Si, además de todo eso, se lograba capturar a algunos enemigos, mucho mejor (DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921. MTNEZ. REVERTE: 2021, p. 263).

Cuadro 2. Medios navales para el movimiento buque-costa y de apoyo a la incursión anfibia sobre Alhucemas, en las dos versiones

<i>Uso</i>	Unidades navales	Versión reducida	Versión ampliada
<i>Mov.¹⁰</i>	Remolcadores	2	6
	Gabarras	4	12
<i>Apoyo</i>	Acorazados/cruceros	1	2
	Cañoneros	2	2
	Cazatorpederos	1	1
	Lanchas gasolineras	0	2
	Transportes (eventual)	1	0
TOTAL		11	25

FUENTE: elaboración propia a partir de DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921.

Tampoco había diferencia cualitativa en cuanto a los cuerpos que componían la fuerza de desembarco. La mayor parte eran militares profesionales pertenecientes al entonces Tercio de Extranjeros (la Legión), que acababa de cumplir un año de vida, y a las Fuerzas Regulares Indígenas. Adicionalmente, un quinto del contingente era personal de la Armada, lo que, sumado al apoyo de artillería y transporte navales, convertía la acción en conjunta. De toda la fuerza involucrada, una sección de legionarios y dos de regulares, es decir, poco más de cien hombres, recorrerían de noche el camino hasta el poblado de Abd-el-Krim y traerían de vuelta, siempre antes del alba, a sus compatriotas. Las otras secciones del Ejército desplegarían en el perímetro de la cabeza de playa, para proteger el reembarque por escalones, mientras que a los infantes de marina les correspondería la

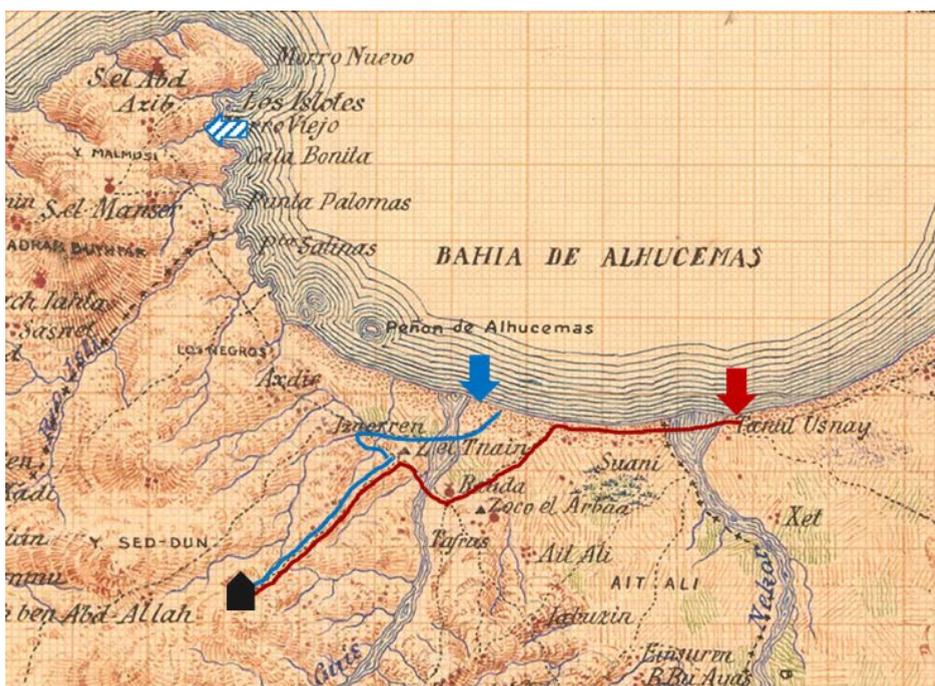


Fig. 5. Líneas de operaciones de las dos versiones del plan de incursión anfibia del comandante Díaz del Río. Las figuras en rojo corresponden a la versión reducida; las impresas en azul, a la ampliada. Con fondo de trama azul se ha señalado la zona de desembarco alternativo en caso de desistir de la operación. En negro se ha señalado la casa prisión. (FUENTE: elaboración propia sobre la base de las indicaciones del proyecto de incursión anfibia y de los senderos existentes en el mapa de la zona oriental del Protectorado de 1924, disponible en el Centro Geográfico del Ejército, ubicación AR, sign. MAR-C.23-281)

seguridad de la zona más próxima a los portalones y el privilegio de reembarcar en último lugar.

En lo que diferían los dos diseños de la operación era en el nivel de riesgo que asumía la fuerza atacante. La versión reducida era más cautelosa y concentraba los medios en zonas tan alejadas de Alhucemas como Ceuta o, preferentemente, Málaga. También evitaba desembarcar en la zona más vigilada de la bahía, que era el entorno del peñón español. En su lugar, tenía previsto saltar a tierra en Playa Salina, a levante de la desembocadura del río Nekor y a unos diez kilómetros —es decir, a algo más de dos horas— de las casas prisión de Axdir (véase fig. 5).

Por el contrario, la versión ampliada arriesgaba mucho más. Planeaba salir de Playa Tramontana, una cala orientada al oeste del cabo Tres Forcas y, por tanto, cerca de Melilla. Además, el desembarco se haría en Playa Souani, al este del río Guis. Esto significaba reducir la distancia al objetivo a menos de la mitad y recortar el tiempo de desplazamiento terrestre a alrededor de una



Fig. 6. El teniente coronel Cándido Díaz del Río Montero, tras el rey Alfonso XIII, con motivo de las maniobras de 1929, cuya fuerza de desembarco comandó. (FUENTE: AHIM)

hora. La gran dificultad venía de que el grueso de las fuerzas enemigas quedaba a unos tres kilómetros de distancia, de manera que sería difícil eludir el enfrentamiento. Por eso, casi se dobló la guarnición de la cabeza de playa y se triplicaron las embarcaciones para el movimiento buque-costa, entre otros aumentos (véanse los cuadros 1 y 2). Si con todo eso había que abortar la incursión, estaba previsto desembarcar al sur de la península de Morro Nuevo (véase fig. 5), en la cala del Quemado. Allí se neutralizarían las piezas de artillería enemigas emplazadas en los alrededores y se consolidaría una posición desde la que desplegar posteriores operaciones. Resulta muy sencillo dejarse llevar por la ucronía de recrear las consecuencias que habría tenido para la pacificación del Protectorado, y para la historia española del siglo xx, el éxito de esta operación secundaria cuatro años antes del desembarco definitivo en la playa de Ixdain, en la parte oeste de dicha península.

Solvencia, motivación y recorrido del proyecto

Superada la sorpresa inicial por el hallazgo, sobrevienen dos preguntas: ¿quién era nuestro protagonista? y ¿tenía solvencia profesional para concebir algo de este nivel de riesgo y responsabilidad? En la biografía de Cándido Díaz del Río hay tres hechos que le hacen un personaje prestigioso y relevante



Fig. 7. Oficiales de Infantería de Marina en Bata (Guinea Ecuatorial), seguramente en 1901. Sentado en el suelo aparece el jovencísimo alférez Díaz del Río. (FUENTE: AHIM)

para la historia del Cuerpo de Infantería de Marina. Uno es haber tenido el honor de mandar el batallón expedicionario que ejecutó tres desembarcos en las maniobras navales de 1929 (véase fig. 6), en un momento esperanzador para los infantes de marina que, lamentablemente, fue flor de un día. Otro de sus méritos es haber defendido, en un informe sobre reformas deseables para la Armada, el desarrollo de la capacidad expedicionaria y anfibia. La propuesta significaba ir a contracorriente con respecto a lo que muchos países –España incluida– estaban haciendo, cuestionadas recurrentemente su necesidad, su orgánica y su plantilla:

«La Sección de Infantería de Marina tendrá a su cargo todo lo referente al material y personal de este Cuerpo, cuya misión será desempeñar el servicio militar en las Bases Navales, Arsenales, y demás establecimientos de la Armada que se juzgue oportuno, así como la cooperación a los desembarcos, cuando se crea conveniente. Podrá así mismo encomendársele misiones de servicios a bordo de los buques, la constitución de columnas volantes de comunicaciones que puedan ser necesarias sobre la costa y demás cometidos apropiados a la misión de este Cuerpo, a cuyo cargo quedarán los campos de tiro de armas portátiles».

El último hecho significativo de su carrera es algo más controvertido y tiene que ver con la firma, en 1933, de un convenio a propuesta de algunos oficiales de alta graduación. Ante la inminente efectividad de la disolución del cuerpo, dichos oficiales pretendían que algunos solicitasen el retiro para

forzar la rotación en los empleos más altos y así mejorar las pensiones de los más modernos. En una primera instancia, y en medio de una gran división de la oficialidad, el, entonces, coronel Díaz del Río rehusó acogerse a dicho acuerdo, por ser de apariencia fraudulenta, para, dos meses más tarde, aceptarlo con su rúbrica (DÍAZ DEL RÍO: 2022, pp. 58 y 59).

Sus cinco destinos africanos, que suman seis años fuera de la Península, ponen de manifiesto un carácter inquieto y una tenaz vocación expedicionaria, actitud perfectamente compatible con su bajo desempeño académico en la escuela del cuerpo. En Guinea Ecuatorial estuvo destinado dos veces, entre los años 1901 y 1902 y entre 1905 y 1907, como alférez y como teniente de la compañía de Fernando Poo, respectivamente (véase fig. 7). Fue precisamente allí donde, el 22 de agosto de 1906, tuvo su bautismo de fuego mientras ejecutaba una operación de castigo contra poblados rebeldes. Esta acción le valió su primera Cruz del Mérito Naval con distintivo rojo. Lejos de volver a casa, antes de ascender a capitán todavía estaría dos años embarcado, mandando la guarnición del crucero *Carlos V*.

Con toda seguridad, la faceta más llamativa de su hoja de servicios es la experiencia adquirida en las operaciones terrestres del Protectorado. Como parte de las primeras colaboraciones inter armas, estuvo agregado a los órganos de mando del Ejército en Marruecos en tres ocasiones, sumando más de tres años de dedicación. Allí vivió, en 1909, el hostigamiento rifeño a los mineros y la respuesta española previa a la debacle del barranco del Lobo. También asistió de cerca al desembarco en Larache de 1911 y a la crisis de límites territoriales, que solo pudo ser cerrada con el tratado hispano-francés de 1912, es decir, con la instauración formal del protectorado español.

De su nivel de profesionalidad son testigos las importantes condecoraciones recibidas, el ascenso a comandante por méritos de guerra y la mención expresa en los informes reservados. En esos años se familiarizó con el territorio y la personalidad de sus gentes, en particular con la faceta combatiente del pueblo marroquí. De hecho, estaba convencido de que el desapego a la disciplina militar del rifeño sería uno de los factores del triunfo de la incursión anfibia proyectada. Para él, al fin y al cabo, los enemigos no eran sino braceros o ganaderos que empuñaban un arma: «La confianza en el éxito de la operación se funda principalmente en la manera de ser de los moros; en la forma cómo prestan sus servicios de vigilancia, en especial al llegar las altas horas de la noche» (DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921).

Con esa descripción curricular, parece que tenía la capacidad de proyectar la operación, pero ¿por qué sintió que debía hacerlo? y ¿por qué en ese momento? En realidad, este es un trabajo que no le correspondía y que, seguramente, nunca le habría sido encargado. Si se decidió a empuñar la estilográfica, fue porque tenía un propósito personal.

En noviembre de 1921, su hoja de servicios era la de un experto oficial que, como se ha dicho, había combatido en mar y en tierra. Además, había desempeñado cometidos de profesor y de estado mayor. Sin embargo, llevaba casi tres años de juez de Marina en Tarragona. Como la carga de trabajo de

ese destino no daba para una ocupación a tiempo completo, simultaneaba sus deberes jurídicos con los de jefe del detal y los de cajero contador de practicas de la Comandancia de Marina. Interinamente, también ocupó la silla del 2.º comandante y la del ayudante de Marina. Cualquier militar con ese perfil profesional habría detestado un destino burocrático como ese. Por si fuera poco, la vacante le había sido asignada después de permanecer tres años, tras su ascenso a comandante, en situación de excedencia, es decir, sin actividad alguna. Por lo tanto, en noviembre de 1921 llevaba más de seis años –desde mayo de 1915– sin sentirse útil.

Descontento con su actividad cotidiana, y deseoso de formar parte de la respuesta militar que se estaba dando a la ofensiva rifeña, para cuando se puso a redactar el plan llevaba semanas haciendo todo lo que estaba en su mano para conseguir el mando de una unidad de primera línea. Lamentablemente, la correspondencia de la Comandancia de Marina de Tarragona muestra que su jefe –el capitán de navío José de Ibarra y Méndez de Castro– puso todas las trabas posibles al traslado de Cándido Díaz del Río, argumentando que su plantilla era muy reducida y que no tenía «más personal que un Ayudante». Por lo tanto, el proyecto de incursión anfibia se escribió como una de las gestiones personales que su autor estaba haciendo para salir de Tarragona, mostrando así una capacidad profesional excepcional que pudiera atraer la atención del mando.

No consiguió la notoriedad buscada, como queda demostrado por su permanencia en el aburrido destino otros tres años –hasta el 22 de octubre de 1924 no recibió el mando del 2.º batallón del cartagenero 3.º Regimiento de Infantería de Marina–. El plan no había seguido el conducto reglamentario ni, lógicamente, había podido ser considerado por nadie con la autoridad suficiente para elevarlo a las instancias que habrían de decidir sobre su materialización. Desde luego, en su expediente no consta correspondencia alguna con sus superiores, ni hay referencia de ningún tipo en las actas de la Junta Superior de la Armada. Se puede deducir, por lo tanto, que si estos documentos permanecieron tanto tiempo ignotos fue porque su autor no pudo, finalmente, darles difusión alguna. Quizá compartió con algún compañero una de las dos versiones y este le recomendara las visibles enmiendas. Eso podría explicar la existencia de una segunda propuesta. A falta de otras evidencias, solo caben especulaciones sobre lo que sucedió para que tan elaborado trabajo se quedara entre los efectos personales de Cándido Díaz del Río.

Visión doctrinal de la propuesta de Cándido Díaz del Río

Nuestro autor vivió su profesión en un apasionante periodo de transición de doctrinas. En esos años, el desembarco como actividad bélica estaba evolucionando desde los pequeños contingentes transportados en botes de remo, que ponían el pie en playas poco o nada defendidas, al rearme doctrinal sobrevenido entre la campaña de Galípoli y 1934 (QUESADA GLEZ.: 2023, pp. 24ss.)

No cabe duda de que, como a todos los defensores de las operaciones expedicionarias, el fracaso anglofrancés en suelo turco le había hecho reflexionar sobre cómo enfrentarse a futuras situaciones en las que el infante recién desembarcado tuviese que luchar en la propia playa contra un enemigo protegido y dotado de moderno armamento.

Entre sus activos académicos se encontraba la fortuna de haber sido uno de los oficiales beneficiados por la revitalización de la enseñanza impartida al cuerpo en los últimos años del siglo XIX, cuando los cadetes recibieron un temario específico sobre operaciones anfibas muy avanzado para su época. El más importante de estos textos fue *Desembarcos pasajeros en tiempos de guerra*, del comandante Federico Obanos Alcalá del Olmo –un adelantado de la guerra anfibia moderna–, que llevaba siendo de obligado estudio para los oficiales navales desde 1897.

Con todos estos elementos, Cándido Díaz del Río diseñó una operación precursora desde el punto de vista doctrinal. Esta afirmación está basada en el cuidado de la mayoría de los factores de éxito de las operaciones anfibas que, un poco más tarde, se recogerían en la primera doctrina del siglo XX. No hay que olvidar que se trata de una acción conjunta del Ejército y la Armada y que cuenta en su planeamiento con la artillería de los buques de apoyo. Si el desembarco de Alhucemas fue la primera operación de este tipo que se planea y ejecuta siguiendo un patrón que se repetirá en las décadas posteriores, este proyecto de incursión anfibia no desmerece el calificativo de operación moderna.

Se desconoce si el autor tuvo ocasión de leer las reflexiones sobre las lecciones aprendidas en la reciente guerra mundial que, en 1920, había escrito el comandante de Marines Earl Ellis. En ellas, el oficial coetáneo –tan solo un año menor y con el mismo empleo y especialidad que él– había enfatizado que «nada puede reemplazar a un planeamiento meticuloso» (BALLENDORF y BARTLETT: 1997, p. 96). Pudo ser así porque, consciente de lo cuestionada que fue la organización de la operación de Galípoli, Cándido Díaz del Río invirtió mucho tiempo en planear los detalles. Fija la composición de la fuerza de desembarco –incluyendo empleos y unidades de procedencia–, la munición a estibar, los medios de movimiento buque-costa y las unidades navales de transporte y apoyo. Asimismo, da indicaciones sobre dónde habría que concentrar los medios navales y embarcar la fuerza, cómo habrían de navegar hasta el objetivo, cómo desembarcarían, qué secciones deberían desplegarse con la misión de proteger y cuáles marchar a por los prisioneros, y, finalmente, cómo reembarcar. Como habían hecho los alemanes en la Primera Guerra Mundial con su *Auftragstaktik* –mando orientado a la misión–, da a los jefes de sección la instrucción y autonomía necesarias para que puedan tomar decisiones sobre el terreno, previendo las diferentes reacciones que pudiera tener el enemigo.

La sorpresa, como gran fuente de superioridad local y ventaja estratégica por antonomasia de toda operación anfibia, ha estado tradicionalmente presente en la doctrina, sin importar la época. Aquí es especialmente cuidada. En

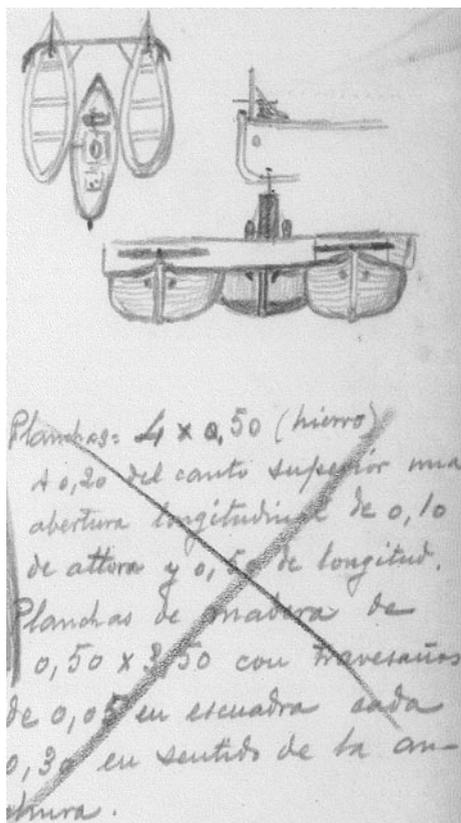


Fig. 8. Fabricación de lanchas de desembarco con la agrupación de un remolcador y dos gabarras. Nótese la protección a proa y las aberturas para el emplazamiento de ametralladoras. (FUENTE: DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921)

ambas versiones se prefiere salir, o de un puerto peninsular o de una playa cercana a Melilla, pero despoblada e incomunicada por tierra. La navegación se prevé sigilosa, con un enorme control de las máquinas y las luces de los buques, particularmente cuando deban aproximarse al lugar del desembarco. Por si la sorpresa estratégica se viera comprometida, Cándido Díaz del Río propone realizar una demostración anfibia sobre otro punto de la bahía de Alhucemas cuando se haya roto el fuego con los centinelas de Axdir. También incorpora soldados indígenas a las secciones de vanguardia, de modo que, de encontrarse con fuerzas enemigas, pudieran dar indicaciones falsas sobre su condición y finalidad.

Como una señal inequívoca de la influencia de *Desembarcos pasajeros en tiempo de guerra* y de los aprendizajes de Galípoli, el autor otorga una gran importancia al adiestramiento de la fuerza de desembarco. Es otra muestra de su carácter precursor, porque los estadounidenses no se pronunciarán expresamente sobre este particular hasta el establecimiento de su primera doctrina, en 1934. De esta manera, establece un intenso programa de instrucción anfibia, no permiti-

tiendo el desarrollo del desembarco hasta alcanzar «la perfección posible»:

«Se procederá sin pérdida de tiempo a efectuar ejercicios de desembarco y reembarco; primero de día, después de noche. Se empezará por llevarlo a cabo en el fondeadero y, cuando se considere la instrucción bastante perfeccionada, se utilizarán las playas de las inmediaciones (...). Tan pronto como se juzgue que las tropas se hallan al corriente de estas maniobras, se efectuarán las de transbordo del transporte a las lanchas y viceversa» (DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921).

Uno de los elementos donde Cándido supera a su maestro es en el movimiento buque-costa. Aquí también se adelanta a las reflexiones extraídas por los estadounidenses de los ejercicios anfibios realizados en los años veinte. Si se hojean las revistas especializadas, se verá que, entre los infantes de marina

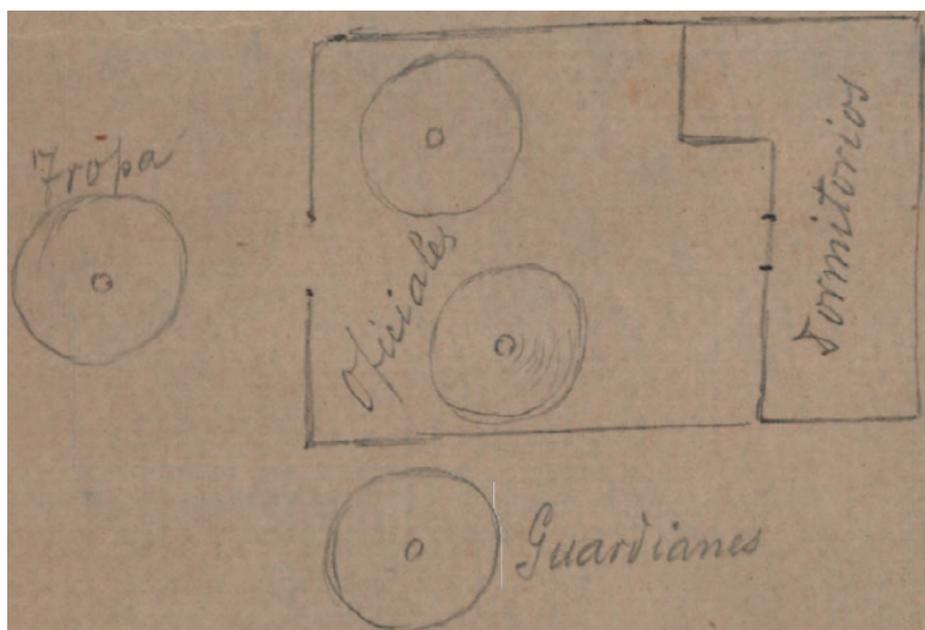


Fig. 9. Croquis de la disposición de las dependencias de la prisión en Axdir. (FUENTE: DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921)

españoles, ya se hablaba entonces de lo necesario que era, para el éxito de una operación anfibia, que las unidades estuviesen en la playa lo antes posible (Montero Lozano: 1922, p. 672). Los estadounidenses tardaron casi diez años en llegar a la misma conclusión (QUESADA GLEZ.: 2023, p. 87). Sobre la manera práctica de resolverlo, Cándido Díaz del Río sabía que los ingleses habían usado unas lentas, y poco marineras, barcazas de motor en Galípoli – de las que algún remanente fue adquirido por España, recibido entre 1922 y 1923 y utilizado en Alhucemas en 1925–, y quería algo de mayores prestaciones. En el proyecto dibuja y describe con genialidad cómo dos gabarras debían abarloadse a un remolcador y así satisfacer las necesidades planteadas por la misión, es decir, las primeras proporcionarían la capacidad de transporte, y el segundo, la velocidad de propulsión. A tenor de los modelos de remolcador existentes en esos años, irían seguramente el doble de rápido que las lanchas británicas (véase fig. 8).

Como había aprendido del estudio de Galípoli, al autor le preocupa que haya resistencia en las playas. Federico Obanos ya había propuesto, en el libro anteriormente citado, que los remolcadores que arrastraban los botes de desembarco emplazaran un cañón de 75 mm en su proa para reducir la hostilidad enemiga. Como hicieron los alemanes en las islas bálticas en 1917, Cándido Díaz del Río va más allá que su maestro (SOLÁ BARTINA: 2002, p. 59). Propone que cada conjunto de remolcador y gabarras vaya protegido a

proa por una plancha de acero. A ese parapeto metálico se le harían dos grandes aberturas por las que sendas ametralladoras podrían hacer fuego sobre la playa, tanto en el desembarco como en la retirada, proporcionando así una protección a la fuerza que los estadounidenses no idearán hasta mucho después (véase fig. 8) (QUESADA GLEZ.: 2023, p. 86).

La inteligencia, otro de los puntos flacos de la campaña en suelo turco, tiene un capítulo aparte. Anticipándose de nuevo a la doctrina de los Marines de 1934, el autor demuestra que ha entendido las enseñanzas de Federico Obanos y prevé que el comandante de la operación disponga de tres tipos de fuentes de información.

Una viene dada por los planos terrestres y las cartas marinas disponibles, que debían ser estudiadas con carácter previo. No debe extrañar que cuente con esta fuente, dado que España llevaba años haciendo estudios cartográficos de la zona. La segunda tenía que provenir de los reconocimientos a golpe de prismático desde un cazatorpedero, de manera que los jefes de sección conocieran el terreno que habrían de pisar con sus hombres, y que los comandantes navales identificaran los puntos de resistencia enemigos sobre los que habría que concentrar el fuego de la artillería de sus buques, llegado el caso. En este sentido, se estimaba que era prioritario acallar las piezas ubicadas en las cimas de Adrar-Idrum, Cabo Quilates y Morro Nuevo. Hay que pensar que la zona de operaciones estaba ubicada en una ladera ascendente hasta la cordillera del Rif, y que la visibilidad de los objetivos desde la mar era realmente buena. Por último, contaba con información entregada por los oficiales españoles evadidos, como un croquis de las estancias donde se había recluso a los prisioneros (véase fig. 9) y, entre otras referencias, un perfil en perspectiva de las casas y caminos que circundaban la prisión. Adicionalmente, propone una entrevista con dichos oficiales para conocer más detalles sobre la resistencia que podía esperarse.

Se echa de menos alguna atención a la sanidad. La configuración de la operación como un golpe de mano llevó a su autor a ser extremadamente breve en los medios de apoyo al combate. En este aspecto en particular, desoyó lo que Obanos dice en *Desembarcos pasajeros en tiempo de guerra* cuando recomienda la presencia de un oficial médico y de un número de mochilas-botiquín proporcional a los potenciales heridos (OBANOS Y ALCALÁ DEL OLMO: 1900, p. 56). Es cierto que el diseño buscaba el menor contacto posible con el enemigo y que los buques de apoyo tendrían algún tipo de asistencia, pero ante el completo desconocimiento del estado en que podían encontrarse los prisioneros, y en vista del deterioro que podían sufrir por el propio recorrido, un escalón médico habría sido, seguramente, necesario.

Por último, aunque no es lo menos importante, el plan adolece de falta de definición en lo que respecta al mando y control de la operación. Díaz del Río debía saber que el liderazgo en sí mismo, y el modo en que este fue transferido a las unidades que combatían en tierra, estuvo entre las causas del fracaso de Galípoli. Como se ve en el cuadro 1, la fuerza de desembarco es mandada por un par de capitanes, mientras que los remolcadores están a cargo de un

teniente de navío, todos del mismo nivel de caracterización. Entonces, ¿quién es el jefe de las unidades desembarcadas? No está determinado en absoluto. La única referencia al mando que hace el plan es la mención de quién debería ser el jefe de la expedición, cubierto con un aséptico «[q]uien designe el Gobierno» (DÍAZ DEL RÍO MONTERO: 1921).

El proyecto de 1921 versus Cabanatúan. Consideraciones de viabilidad

Es difícil evaluar si la incursión anfibia proyectada habría conseguido liberar a los prisioneros y, con ello, elevar la moral de las fuerzas propias, minar la del enemigo y aliviar las tensiones sociales que, unidas a otros factores, acabarían dando lugar al golpe de Estado de Primo de Rivera. En lo que sigue se tratará de proporcionar alguna base para la conjetura, utilizando dos puntos de vista. Uno es intrínseco, es decir, ¿tenían el Ejército y la Armada los medios y recursos humanos propuestos, tanto en cantidad como en calidad? De darse a esta pregunta una respuesta negativa, no sería la única vez que sucediese. Sin ir más lejos, dos años más tarde, el general Martínez Anido – entonces comandante general de Melilla– sufrió el rechazo a un ambicioso plan anfibia para invadir la zona de Alhucemas porque, entre otras carencias, no se disponía del número previsto de unidades de la Legión y de Regulares.

El otro punto de vista es extrínseco. Se utilizará el mencionado rescate en Cabanatúan, que sí se llevó a la práctica con éxito, para comparar los preparativos de ambos, aprovechando que los objetivos y los contextos tácticos de ambas operaciones, como se verá, eran cualitativa y cuantitativamente homologables.

Antes de seguir, para tener una idea de las dificultades a vencer hay que saber que, en noviembre de 1921, el ejército rifeño era todavía numeroso. Mantenía sobre las armas a veinte mil combatientes, si bien en la región de Axdir debían de encontrarse solo mil de ellos. Además de esa guarnición, el objetivo estaba protegido por veinte piezas de artillería, emplazadas en las alturas circundantes (MTNEZ. REVERTE: 2021, pp. 256 y 263).

Yendo a la viabilidad intrínseca, en 1921 la Armada no tenía problemas para proporcionar los buques previstos por las dos versiones del plan, ya fuera porque estuviesen alistados, ya porque se requisarían los no disponibles –los remolcadores y las gabarras para el transporte buque-costa–, como el propio documento propone. Se podía dudar de que, en la región, hubiera embarcaciones civiles como estas. Hojeando la prensa melillense de esos años, no faltan los anuncios de servicios de carga y descarga de buques de transporte, debido a que las instalaciones portuarias de la ciudad, en ese momento, los obligaban a fondear muy lejos de tierra. El mineral extraído en las minas cercanas, por ejemplo, solo se podía transportar hasta las bodegas de los navíos con barcazas empujadas por remolcadores, que también era el medio por el que se podían llevar las vituallas a la ciudad. Por lo tanto, la constitución de la flota de apoyo y transporte no habría sido un problema.



The rescued men, dazed by excitement and weariness when they arrived at last at the American camp, helped each other walk off to a place where they could sit down and be quiet. Their gaunt faces and their thin thighs show the mark of three years of near-starvation in prison.

THE RESCUE AT CABANATUAN

Rangers and guerrillas free survivors of Bataan

by CARL MYDANS

Last month, three years after the infamous Death March to which the Japanese subjected the U. S. Army men they had taken on Bataan and Corregidor, a troop of U. S. Rangers and Philippine guerrillas rescued 486 of the Death March survivors from the prison camp of Cabanatuan, 60 miles from Manila. In these pictures and this story Carl Mydans, who had known many of the rescued men before he himself had been captured at Manila in 1942, tells the stirring story of the Rangers' rescue.

By WIRELESS FROM MANILA

At dusk on Jan. 30 the 6th U. S. Rangers poured through the main gate of the Japanese prisoner-of-war camp at Cabanatuan. The Rangers had fought their way 25 miles through the Japanese lines and they burst in shouting, "The Yanks are here! Assemble at the main gate!" But there were only a pitiful few of the heroes of Bataan and Corregidor who were still alive to hear them, and even about them there was a strange and ghostly quality.

Human emotions cannot be strained that far without its having an effect. These men had adopted a kind of muteness, for long ago they had seen what happened to those who rebelled or protested or tried to escape. And so they pressed closely into the brown soil of their slit trenches or lay face down on the split bamboo floors of their barracks when the sounds of battle came to them. Even when there was shooting and shouting all about them, only a few moved. Finally they began to understand when strong hands hustled them to their feet.

"Buddy, we're Yanks," they were told. "We're Americans! Up quick and get over to that gate! Here's a pistol. Here's a knife. You're a soldier again!"

Slowly the suspicion born of wasted bodies and slowed-up minds was overcome. The men who lifted them to their feet were dressed as they had never seen American soldiers dressed before. Their hats were strange new Army gear, their uniforms were splashed with jungle green. But they were gentle. Not in three years had these ghosts of Bataan known what

CONTINUED ON PAGE 17

Fig. 10. Recorte del artículo de la revista *Life* que recoge la noticia del «gran rescate». (FUENTE: MYDANS: 1945, p. 34)

No se puede saber en qué dimensiones estaba pensando Cándido Díaz, porque no las dejó expresadas. Los remolcadores de esa época tenían entre 18 y 25 metros de eslora y entre cuatro y cinco metros de manga, con lo que una barcaza de tamaño similar tendría alrededor de cien metros cuadrados de superficie útil. Contando con el armamento portátil y la ligera impedimenta de los infantes, se puede estimar que la capacidad de transporte de cada gabarra era de unas cien personas. De la observación de los cuadros 1 y 2 se concluirá que el dimensionado de los medios se queda corto y que, sobre todo en la versión reducida del plan, no se habría podido traer de vuelta a los prisioneros en condiciones aceptables de seguridad. Este aspecto resulta todavía más crítico si se cuenta con que algunos de ellos habrían tenido problemas de movilidad y, consecuentemente, hubieran necesitado ser trasladados sentados o tendidos. Sin embargo, no cabe duda de que esta carencia habría sido advertida en los ejercicios previstos y que el planeamiento se hubiera corregido con un aumento de los medios de movimiento buque-costa.

Volviendo la mirada hacia la fuerza de desembarco, como se ha dicho, la mayoría de de sus efectivos pertenecían a las Fuerzas Regulares Indígenas o a la Legión, cuerpos profesionales formados por motivados voluntarios de excelente reputación, más añeja en el primero de ellos. Como infantes, tenían el mejor adiestramiento de la época, pero, además, la adaptación al medio era

absoluta en el caso de los soldados regulares, mientras que los legionarios dominaban el uso del armamento y las tácticas modernas. En 1921, el Ejército tenía cuatro grupos de Regulares, cada uno con una orgánica de dos tabores de infantería y uno de caballería, a tres compañías o escuadrones cada uno –veinticuatro compañías de infantería en total–. Era más que suficiente para cubrir las necesidades del cuadro 1, en sus dos versiones (RGUEZ. JIMÉNEZ: 2017, p. 451). La Legión, por su parte, tenía todavía pocos efectivos: seis compañías agrupadas en dos banderas, aunque posiblemente el Tercio habría realizado un mayor esfuerzo para dotar la operación (Caballero Echevarría: 2013, p. 299).

Para la comparación con el rescate de Cabanatúan hay que intentar aislar el contexto geográfico, muy diferente en las dos situaciones, aunque quizá no lo fuera tanto en términos tácticos. Es cierto que los *rangers* estadounidenses y las unidades filipinas de apoyo se infiltraron en un terreno distinto del secarral rifeño, si bien no tenía nada que ver con la tupida y protectora selva luzonera. Penetradas las líneas enemigas en la población de Guimba, varios cientos de hombres invirtieron un día entero en recorrer los casi cuarenta kilómetros de arrozales y sementeras de frijol que medaban hasta el campo japonés de prisioneros. Tuvieron a su favor no tener que exponerse a la vulnerabilidad de un desembarco anfibio, pero durante largos tramos debieron marchar en descubierta por terreno hostil, a veces con luz diurna y sin abrigos cercanos (KRIVDO: 2018, p. 51). El plan español preveía que tan solo tres secciones recorrieran de noche entre cinco y diez kilómetros de territorio enemigo.

Otro elemento fundamental para la comparación es la relación de efectivos. En Filipinas, las fuerzas que realizaron el rescate estaban compuestas por una compañía reforzada del 2.º Batallón de Rangers –unidad de infantería ligera, adiestrada para la ejecución de operaciones especiales–, un pelotón de exploradores (*Alamo Scouts*) y dos compañías de milicias locales (*Luzon Guerrilla Armed Forces*). En resumidas cuentas, 302 hombres armados a los que habría que añadir 160 portadores desarmados. Enfrente tenían la guarnición del campo: doscientos soldados japoneses con la posibilidad de obtener el refuerzo de otros mil, que podrían traer carros de combate. Como contaron con maniobras de distracción y bloquearon el auxilio con la interposición de unidades destacadas y la colocación de minas, se puede decir que las fuerzas contendientes en suelo filipino estaban prácticamente igualadas (ib., p. 47).

Los españoles habrían estado en una situación más favorable. Las tres secciones que debían liberar a los prisioneros superarían con mucho a sus guardianes, mientras que las decepciones previstas disgregarían al millar estimado de enemigos. En cualquier caso, la versión ampliada del proyecto planeaba poner en la playa a más de seiscientos infantes bien armados y adiestrados (véase cuadro 1), quienes habrían llegado casi a equilibrar la guarnición de la bahía. La intervención de las piezas de protección de esta habría sido casi imposible por el fuego de contrabatería de los buques de apoyo. Dada la velocidad del golpe de mano, la confusión creada por la artillería naval y el amparo de las sombras de la noche, los oficiales de Abd-el-Krim no habrían podido movilizar a tiempo sus reservas para entorpecer la maniobra española.

Conclusiones

En noviembre de 1921, la sociedad y gran parte de la clase política española clamaban por una solución a la cuestión de los prisioneros en Axdir. Era un drama humano para las familias y para todo aquel que empatizaba con su dolor. En cambio, para los militares suponía el recuerdo vivo y permanente del fracaso militar de Annual, mientras que para la oposición política era una palanca con la que desestabilizar los gobiernos de Antonio Maura y de José Sánchez Guerra. La opción del pago del rescate resultaba la más fácil de ejecutar y la que, finalmente, les dio la libertad. Durante el año y medio que duró el cautiverio, la posibilidad de negociar con rebeldes y, consecuentemente, de financiar económicamente al enemigo tuvo en contra a los militares y a los ejecutivos conservadores, quienes tampoco fueron capaces de arbitrar una alternativa viable a la plena aceptación de las exigencias de Abd-el-Krim.

El proyecto de incursión anfibia del comandante Díaz del Río –con sus versiones reducida y ampliada– podría haber sido la solución. Aunque diseñada hace un siglo, es una operación que encaja plenamente con la definición presente de este tipo de actividades bélicas, al aunar la velocidad y el cuidado de la sorpresa, necesaria esta última siempre que se cuente con un apoyo de fuegos reducido o nulo, como es el caso. El sigilo, el engaño y las maniobras de decepción planeadas por el autor son otras de las características establecidas por la doctrina vigente.

Cándido Díaz del Río era un oficial de Infantería de Marina que había servido y combatido durante años fuera de la península ibérica. Tenía experiencia expedicionaria y conocía el teatro de operaciones rifeño y la personalidad de sus habitantes. En materia doctrinal, había sido formado con los textos más vanguardistas que había dado la época en que vivió y había conocido el fracaso anfibia de Galípoli. Este fue un hecho de armas que, en vida del autor, conmocionó a todos los estados mayores del mundo y provocó tremendas reservas sobre el uso de los desembarcos en el medio plazo, aunque también generó en algunos estudiosos el sentimiento crítico de saber qué había ocurrido y cómo se podía evitar que algo así pudiera ocurrir en el futuro.

Arrinconado en un puesto administrativo que no se correspondía con su perfil profesional, lejos de las unidades operativas durante años, si se decidió a redactar el proyecto fue porque quería alcanzar algo de notoriedad. Sin embargo, su trabajo no se tramitó por el conducto reglamentario, quizá por limitación propia, quizá por censura de su inmediato superior. Ni las instancias superiores de la Armada ni, por supuesto, el Consejo de Ministros pudieron considerar la posibilidad de llevarlo a la práctica, si bien se desconoce si se plantearon alguna vez hacer algo parecido.

La sorpresa estratégica y táctica, como se ha dicho, es uno de los pilares fundamentales del planeamiento, aunque eso no represente ninguna novedad. En otros aspectos sí que es un texto doctrinalmente avanzado a su tiempo, como en el interés en adiestrar a la fuerza de desembarco, en el esmero en recoger la mayor inteligencia posible, o en el diseño de embarcaciones rápidas

para el movimiento buque-costa que, además, monten ametralladoras para enfrentar la hostilidad enemiga en la playa. No obstante, se han advertido algunas carencias, como la insuficiente capacidad de transporte de las embarcaciones que hacen de lanchas de desembarco, la falta de atención a la sanidad y la indefinición en el mando y control.

Los medios navales de transporte y apoyo y las fuerzas requeridas para la operación estaban disponibles en el momento del proyecto, lo mismo en calidad que en cantidad, convirtiéndola en viable. Por otra parte, realizando una somera comparación con la operación de rescate estadounidense en Cabanatuan, se ha encontrado que la incursión anfibia sobre Axdir habría tenido éxito, en particular en su versión ampliada. El recorrido terrestre más favorable y el balance de fuerzas equivalente, distracciones incluidas, habrían dado lugar a un resultado del mismo signo que la operación en suelo filipino. Casi con toda seguridad, la historia del siglo XX español habría sido diferente.

Bibliografía

- ÁLVAREZ-MALDONADO MUELA, Ricardo y GAMUNDI INSÚA, Abel Ángel (1994). *Las operaciones anfibas*. Madrid, Empresa Nacional Bazán.
- AMPHIBIOUS: *Amphibious Operations. Joint Publication 3-02*. Washington, Joint Chiefs of Staff, 2019.
- BALLENDORF, Dirk A. y BARTLETT, Merrill L. (1997). Pete Ellis: An Amphibious Warfare Prophet, 1880-1923. *The Marine Corps Gazette*. Naval Institute Press, Annapolis.
- CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando (2013). «Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en un desastre militar, “Annual”» (tesis doctoral inédita). Universidad Complutense.
- COMISIÓN DE RESPONSABILIDADES DEL DESASTRE DE ANNUAL (1931). *De Annual a la República. La Comisión de Responsabilidades. Documentos relacionados con la información instruida por la llamada «Comisión de Responsabilidades» acerca del desastre de Annual*. Madrid, Javier Morata.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, Jesús (2022). La crisis del Cuerpo de Infantería de Marina 1931-1935. *Boletín de la Infantería de Marina*, 34, 54-61.
- DÍAZ DEL RÍO MONTERO, Cándido (1921). «Proyecto de desembarco por sorpresa en la bahía de Alhucemas». Archivo Histórico de la Comandancia General de la Infantería de Marina.
- DÍEZ RIOJA, Ramón (2023). *El desembarco de Alhucemas. La intrahistoria de una operación concluyente (1911-1925)*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- EL MESSAOUDI-AHMED MESSAUD, Faris (2015). «El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930)». Tesis doctoral. Universidad de Granada.
- GAJATE BAJO, María (2013). El Desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923). *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3, 2, 119-138.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (2017). «Legión Española». En G.^a Hernán, Enrique (coord.) *Historia militar de España VI. Estudios historiográficos, glosario y cronología*. Madrid, Ministerio de Defensa, 538-540.
- KRIVDO, Michael E. (2018). Rescue at Cabanatuan. *Veritas*, 2, 14, 43-64.
- MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA, M.^a Rosa de y LÁZARO ÁVILA, Carlos (2003). Guerra química en el Rif (1921-1927). Estado de la cuestión. *Historia 16*, 324, 50-85.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge (2021). *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la guerra del Rif*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- MONTERO LOZANO, José Luis (1922). La sorpresa y el factor tiempo en los desembarcos. *Revista General de Marina*, 91, 667-673.
- MYDANS, Carl (1945). The rescue at Cabanatuan. *Life*, 26 feb., 34-40.

JOSÉ MIGUEL QUESADA GONZÁLEZ

- OBANOS Y ALCALÁ DEL OLMO, Federico (1900). *Desembarcos pasajeros en tiempo de guerra*. Madrid, Imprenta del Ministerio de Marina.
- PÉREZ ORTIZ, Eduardo (2015). *18 meses de cautiverio*. De *Annual a Monte-Arruit*. Madrid, Interfolio.
- PICASSO GONZÁLEZ, Juan (1931). «Resumen del Excmo. Sr. general de división don Juan Picasso González referente al expediente instruido por él con motivo del abandono de posiciones en el territorio de Melilla en los meses de julio y agosto». En *Expediente Picasso*. Madrid, Ediciones Morata, Temas de Nuestro Tiempo.
- QUESADA GONZÁLEZ, José Miguel (2023). *De Galípoli al Pacífico. La influencia del desembarco de Alhucemas en la recuperación del pensamiento anfibio*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- RAMIRO DE LA MATA, Javier (2002). Los prisioneros españoles cautivos de Abd-el-Krim: el legado del desastre de Annual. *Anales de Historia Contemporánea*, 18, 343-354.
- RIVAS FABAL, José Enrique (2007). *Historia de la Infantería de Marina española II*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (2017). «Fuerzas Regulares Indígenas». En G.^a Hernán, Enrique (coord.) *Historia militar de España VI. Estudios historiográficos, glosario y cronología*. Madrid, Ministerio de Defensa, 450-452.
- SAINZ GUTIÉRREZ, Sigifredo (1924). *Con el general Navarro, en operaciones, en el cautiverio*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- SOLÁ BARTINA, Luis (2002). Desembarcos olvidados. *Boletín de Información del CESEDEN*, 273, 49-75.
- y FERRO SÁNCHEZ, Pedro Francisco (2019). Maniobras navales de 1929. *Revista General de Marina*, vol. 277, octubre, 455-466.
- VELASCO DE CASTRO, Rocío (2022). España y Marruecos: del desastre de Annual a la dictadura de Primo de Rivera (1921-1930). *Hispania Nova*, 20, 661-691.